

ELOY FERNANDEZ

EL CONDE DE ARANDA

(Guión radiofónico emitido por Radio Zaragoza)



CUADERNOS DE ZARAGOZA

n.º 11

EXPLICACION DE UN GUION RADIOFONICO

Hace unas semanas, al final de una conferencia en el Ayuntamiento, el teniente alcalde Sebastián Contín me invitó a enviarle algún texto breve publicable en la interesante colección que bajo su iniciativa ha comenzado a editar el municipio zaragozano. Agradecí su ofrecimiento, francamente significativo para mí, aparte nuestra ya bastante vieja amistad de chavales, y le prometí pensar en algo que encajase en ella. Se me ocurre que este guión, radiado por Radio Zaragoza en su serie histórica del Bimilenario (premio "Ondas", por cierto), bien pudiera servir a ese propósito. Caliente aún una penosa polémica edilicia sobre la oportunidad de dar el nombre de Conde de Aranda a una institución de cultura, acaso sea oportuno ofrecer una síntesis biográfica del ilustre aragonés, para que la discusión sea hecha sobre datos y no sobre sentimientos. El guión es —adecuadamente al destino para que fue escrito— sencillo, sintetizador, amenizado; pero en absoluto caricaturesco, simplista o desvirtuador de la realidad histórica. Lo escribí con algo de calma, y en el acopio de datos usé de bastantes libros y artículos. Los principales, los de los profesores de nuestra Facultad de Letras, Rafael Olaechea y J. A. Ferrer Benimeli, concienzudos autores de varios libros sobre Aranda, que acaso algún día reúnan su mucho saber en la imprescindible gran biografía. A ellos, a su labor tan callada y eficaz, querría dedicar este trabajo

ahora; quizás ellos no lo habrían escrito nunca porque se desvía de su método, pero espero que no lo consideren frívolo. Enlacé con él —y con otro semejante sobre Pignatelli—, un estilo (el radiofónico, que tiene sus secretos) abandonado hace diez años. Estilo que aprendí en mis tres años de trabajo en Radio Popular de Zaragoza, a cuyo grupo fundador pertencí, y que de algún modo continué años después, desde Teruel, en crónicas para Radio Zaragoza, hasta que un gobernador vanidoso y temperamental logró suprimirlas a instancias de sus más altos bufones. Viejas historias.

Ojalá ahora, este guión que creo preferible respetar tal cual aunque sea tan infrecuente verlos publicados, sirva para divulgar entre nuestro pueblo lo que, hace dos siglos, fue, hizo y significó, don Pedro Pablo Abarca de Bolea, Conde de Aranda.

Zaragoza, 19 de diciembre de 1976.

EL CONDE DE ARANDA

CONTROL. — *Ruidos de gentes en las calles, cascos de caballos, rumor.*

HOMBRE I (entrando, casi sin aliento). — ¿Ya saben vuestras mercedes las noticias que llegan de la Corte?

HOMBRE II. — No, querido Juan Martín. Si vos no os apresuráis a ofrecerlas, os aseguro que estamos todos en ascuas.

HOMBRE I. — Nuestro Conde ha sido llamado urgentemente a Lisboa y acaba de hacerse cargo, en Madrid, de la Presidencia del Consejo de Castilla.

HOMBRE II. — Por fin don Carlos se ha dado cuenta: sólo el conde de Aranda podía acabar con tanto malestar, con esos extraños motines que, sean o no inspirados por Esquilache, tienen al país convulso.

MUJER. — Y, don Pedro Pablo es tan valeroso, tan hombre... Apenas tiene los cuarenta y cinco años, *muy bien* llevados...

VARIOS. — Hum, hum.

MUJER. — Por favor, señores, mejorando lo presente. Mi comentario no tiene otra malicia que la que pongan ustedes; no estoy entre las *muchas* que suspiran por él.

VIEJO. — ¡Qué comparanza hará nuestro Pedrico con aquel caserón altoaragonés de su palacio-castillo de Siétamo, tan cerca de Montearagón, ahora en los pasillos cortesanos! No sé si se hará a ellos. Recuerdo su nacimiento, poco después de pacificada España tras la guerra que trajo la dinastía. La habitación cuadrada y el suelo como un juego de damas, las paredes con lienzos y espejos con negros marcos de caoba, y aquellos balcones que miraban a la huerta de los Abarca, en el camino viejo de Huesca a Barbastro...

HOMBRE II. — Yo mismo jugué de rapazuelo, aguas arriba del Guatizalema. Llegábamos hasta un lugarejo que se llama Almunia del Romeral y subíamos por las gargantas de San Cosme y hasta el “dolmen” del barranco de Mascum. El Rodellar era suyo, pero Pedro iba como uno más, eso sí: inflexible, activo hasta caer agotado...

MUJER. — ¡Y pensar que en Aragón le dimos por perdido, para nosotros y para la política, cuando ingresó en la carrera militar! Y vaya hoja de servicios que alcanzó ya con Felipe V: a los 28 años ya llevaba cinco al mando del regimiento de Castilla en Italia y era brigadier cuando el nuevo monarca, Fernando VI, le nombró Gentilhombre de Cámara en ejercicio y mariscal de Campo. Pero, de ahí a que un militar ocupase el cargo de primer ministro...

HOMBRE I. — Sí; supongo que esa va a ser una buena censura en muchos sitios. No en su tierra, supongo; pero incluso en todo el Reino creo habrán de ver que se acerca una era de paz y reconstrucción y que ese hombre tan necesario para ello es el conde de Aranda.

HOMBRE II. — Mano izquierda no le va a faltar, que para eso ha sido buen diplomático, viajando por numerosos países de Europa. Pero, escuchad, escuchad. Juan, abrid la ventana, por favor.

CONTROL. — *Se escuchan clamores, vivas, gritos, y todo va callando conforme empieza a escucharse el HIMNO NACIONAL (el actual). Estrofa y baja.*

VIEJO. — Pronto hay reacción, ya veis. Por cierto, ¿qué tal os suena este himno que don Carlos ha aceptado como marcha real? A mí me gusta precisamente su aire prusiano. Ya sabéis que fue un regalo que el Conde trajo en una de sus embajadas en el Báltico. Ahora sirve para honrarle.

CONTROL. — *Pueden volver a sonar notas del HIMNO NACIONAL y fundirlas con música de cámara (Haydn, por ejemplo).*

CARLOS III. — ¿Y bien, mi buen Aranda?

ARANDA. — Señor, ando preocupado. Como bien sabéis cesaron de cuajo las alteraciones de hace unos meses, pero no han terminado los problemas. Parece como si dentro del Estado, poco menos que aquí mismo, donde ahora os hablo, hubiera infiltrada una fuerza excepcional, un grupo de presión capaz de dominarlo todo.

CARLOS III. — Ya, ya he oído eso mismo a Campomanes. Pero estás demasiado nervioso, cansado de estas semanas tan duras. Quiero que mañana mismo vayamos de caza, ¿te parece?

ARANDA. — Señor, estoy a vuestras órdenes, pero no lo creo oportuno. Un Consejo extraordinario que formé al efecto acaba de presentarme su informe. Y dice así: “un *Cuerpo religioso* no cesa de inspirar aversión general al Gobierno, por lo cual sería conveniente iluminar al pueblo para que no fuese juguete de credulidad tan nociva, y desarmar a ese cuerpo peligroso”.

CONTROL. — *Música solemne - intriga - religiosa (¿Haendel?).*

CARLOS III. — Pasad, Aranda, pasad. Te he mandado llamar porque quiero que seas tú, Capitán General y Presidente del Consejo, quien ponga en práctica el plan de expulsión de ese *Cuerpo*. Quiero que seas tú, por el cargo que ocupas, por el afecto que sé me tienes, y por la energía y cuidado con que ha de hacerse todo.

ARANDA. — Señor: sabéis que el tema me desagrada... No me gusta esa gente, y también sabéis eso; pero una expulsión total, destierro, miseria por esos mundos... No parece sino que queramos seguir la moda de Pombal en Portugal, por no ser menos. Luego...

CARLOS III. — No: no lo digas. Hay una bula especial para tu pariente aragonés, el hermano del conde de Fuentes. Sé que José Pignatelli y sus hermanos en religión aragonesa, me fueron muy fieles cuando las alteraciones del año pasado.

ARANDA. — No os hubiera pedido eso, señor, por orgullo mío y de ellos. Precisamente me consta ya que José ha tomado la decisión de irse, donde sea, a Rusia si es preciso, y no aceptar trato especial.

CARLOS III. — Pero la orden no debe saberse...

ARANDA. — La orden, señor, la cantan ya hasta los ciegos en las esquinas. Ni estáis rodeados de tanta fidelidad como pensáis, ni España es un país para andar con silencios, y menos en cosas así.

CONTROL. — *MUSICA DE TRANSICION.*

NARRADOR. — Siete años permanece el Conde de Aranda en la Presidencia del Consejo. Impetuoso, franco, decidido, representa en ese lugar, en cierto sentido, lo que el duque de Alba con Felipe II. La política interior, en la que prepara varias leyes encaminadas a la prosperidad agrícola, mercantil y artística, no sólo de la Corte sino de toda España, va acompañada por la acción de otros ministros, como su compatriota el aragonés Roda, reformador de la Universidad y la enseñanza media e impulsor de la creación de Seminarios. En los siete años de su presidencia, Aranda suprime la tasa de los granos, crea los diputados y personeros del común, impulsa los movimientos de los baldíos, divide Madrid en cuarteles y barrios y le une el Buen Retiro, que queda unido a la capital; extrae abundantes fondos con la autorización de bailes públicos de máscaras, destinando el producto a la construcción del

paseo del Prado. Es decir, sienta las bases urbanísticas del actual Madrid, pero también cuida de la construcción de buenos edificios públicos en Zaragoza, Barcelona, Valencia, Sevilla y Cádiz. Establece varias colonias agrícolas en el centro de España y dicta leyes muy acertadas para el desenvolvimiento de la producción nacional, la navegación de cabotaje y la explotación hidrológica y minera de España. Aranda, amigo del tipismo popular —el mismo que en esos años comienza a esbozar en los cartones para la Fábrica de tapices su otro gran paisano, Goya— restablece, a pesar de la austeridad del rey, las fiestas de carnaval en 1767, para alegría de quienes no eran, como cantaba una copla de la época, “hipócritas, celosos ni avaros”.

Se trata, en realidad, de todo un nuevo estilo. Estilo que quizá aparece simbolizado en una breve escena, cuando Jovellanos, joven promesa de la Ilustración, nombrado por él alcalde del crimen en la Audiencia de Sevilla, va a despedirse de Aranda. Este mira al joven magistrado, de larga cabellera rubia y rizosa, y le encarga que se la deje al descubierto, que no se ponga pelucas...

CONTROL. — *MUSICA DE TRANSICION. RAFAGA.*

HOMBRE I. — ¿Se acuerdan ustedes?... Han pasado casi siete años, desde aquel día en que yo mismo entré en esta casa, en esta entrañable tertulia, con la noticia del nombramiento de Aranda.

VIEJO. — Sí. ¡Cómo pasa el tiempo! Sobre todo *mi* tiempo, que se va acabando sin remisión.

HOMBRE II. — No diga cosas, Garay, que está usted hecho un mozo. A quien dicen que se le acaba es precisamente a Aranda. Los viejos privilegiados, los “togados” que le acusan de no serlo y haber subido ahí por la carrera militar y diplomática, los más conservadores, le atacan de reformista.

MUJER. — Tiene gracia: y mientras, los más avanzados reformistas dicen que es pura fachada, que en el fondo sigue siendo un aristócrata.

VIEJO. — Quizá mi edad me hace ser desconfiado de las apariencias. A mí me parece que nuestro querido Conde escribe derecho con trazos torcidos. Con ciega fe en las luces del siglo, como todos nosotros, en la Ilustración, en el poder de las ideas, sin embargo le molesta que esta nueva clase de prestamistas, menestrales, artesanos y ricos propietarios ascienda a puestos de poder.

HOMBRE II. — Los “burgueses” también nos tienen preocupados a nosotros, abuelo, aunque me temo que no va quedando más remedio que pactar con ellos, pues tienen el dinero y la fuerza...

VIEJO. — ¿Ves, no te lo digo? Pues ése es el reformismo de Aranda: hace muchas reformas para el tercer “Estado”, pero las hace sin olvidar que es aristócrata, que son concesiones. Esa es la política de cautela y equilibrio de Carlos III: que la reforma no la haga un burgués.

HOMBRE I. — ¡Faltaría más! Después de todo, ya ven vuestras mercedes que aquí, en Aragón, ocurre igual con toda nuestra nobleza. El duque de Villahermosa, vuestro primo, el conde de Fuentes y el marqués de Mora, todos estos nobles reformistas separan siempre, con una elegancia extrema, lo ideológico de la circunstancia social. ¡Llenos de espíritu revolucionario, leen los libros prohibidos que traen de la Francia, pero no caen en la cuenta de que con esas ideas en el fondo apoyan las aspiraciones de la clase media...

MUJER. — Yo no entro en tantas sutilezas, señorías, pero os aseguro que si Aranda tiene problemas habrán de ser importantes razones de Estado. Igualmente, no creo que su cese, si es tan inminente como se anuncia, pueda ser fulminante. Hombres así no sobran en España como para jubilarlos por una discrepancia.

CONTROL. — *RAFAGA TRANSICION.*

NARRADOR. — Clarividente en política, pero terco como su padre, en expresión de Carlos IV, Aranda había tenido más de un enfrentamiento personal con el rey, a quien en cierta ocasión en que éste le dijo que no conocía

nadie tan terco, Aranda le responde: “Yo sí: Vuestra Majestad.” Sus muestras de aridez e intransigencia, tensan al máximo la antipatía que en la Corte existe contra este militar-noble cuando, en 1770, se manifiesta partidario de la guerra en el conflicto de las Malvinas, frente a Grimalde y a los “golillas”. Su influjo decae y cuando, tres años más tarde, su primo el conde de Fuentes renuncia a la embajada de París, allá se aleja, con sigilo y rigor, a quien ya se ha manifestado repetidamente enemigo del joven y ascendente oficial Godoy... Para Aranda, enamorado de Francia y de su movimiento cultural, representar a su Patria en la capital del mundo en ese momento, es un buen premio, reticencias aparte. Pero sus partidarios alborotan, se escriben panfletos, circulan poemas...

CONTROL. — *MURMULLOS CALLEJEROS.*

Voz I. — Señores, ¿no es desconsuelo
arrancarnos de este nido
lo mejor que ha producido
en mil años nuestro suelo?

Voz II. — Todo lo debo al excelente Aranda
el aplaudido, el grande, el héroe sabio;
él es mi luz y el astro que adorna,
yo brillo en su nombre y me complazco.
Ahora que su rey hollar le manda
la alta cerviz del Pirineo cano
esta memoria deja de sus hechos...

Voz I. — ¡Con qué voces podrá sus sentimientos
decir España cuando Aranda parte
si no cabe el dolor en los gemidos
ni en las cláusulas tristes de los ayes!
Cuantos la emulación invente modos
de deslucirte, de inmortalizarte,
Aranda, servirán, y serás Fénix
a pesar de la envidia y sus volcanes...

CONTROL. — *RAFAGA TRANSICION: ¿ALGO DE WAGNER?*

NARRADOR. — Sin embargo, la etapa de embajador en París va a ser una de las más fecundas e interesantes para el Conde que, cuando llega allí, en 1773, es ya un personaje muy conocido. Ha estado allí otras muchas veces, especialmente entre 1750 y 1760, época en que conoce a Voltaire, a Diderot, a D'Alembert. Las frecuentes y cordiales entrevistas con estos filósofos autores de la fabulosa "Enciclopedia", se deben sin duda al prestigio que el conde alcanza a sus ojos y a los de muchos franceses de la época, pues era tenido por artífice supremo de la expulsión de los jesuitas y acusado de jansenista por la Inquisición. En la mismísima Enciclopedia puede leerse un artículo, que escribiera el propio Voltaire, en estos términos:

"Aunque los nombres propios no sean objeto de nuestras enciclopedias, nuestra Sociedad se ha creído obligada a hacer una excepción en favor del Conde de Aranda, Presidente del Consejo Supremo de España y Capitán General de Castilla la Nueva, el cual ha comenzado a cortar las cabezas de la hidra de la Inquisición. Justo era que un español librarse a la tierra de ese monstruo, ya que otro español la había hecho nacer. Bendigamos al Conde de Aranda, que ha limado los dientes y cortado las uñas al monstruo."

Hay que decir, en verdad, que aunque algo de cierto hay en tan parciales elogios, esas uñas de la Inquisición habían intentado —en vano— arañar en el propio conde, con motivo de los famosos procesos contra uno de sus protegidos, Olavide, el repoblador de Sierra Morena. Pero, en fin, ya tenemos al Conde en la Corte francesa, y, a pesar de sus 55 años, se dice que con mucha fortuna entre las mujeres. Escuchémosle, en una conversación con su mejor amigo, Francisco María Arouet, más conocido por "Voltaire".

CONTROL. — *UN MINUTO DE BOCHERINI O ASI.*

VOLTAIRE. — Querido Aranda: hace tiempo que estaba buscando la forma de encontraros y conversar sobre España; pero, al parecer, y según me cuentan, hay demasiadas compañías que preferís... y lo comprendo.

ARANDA. — ¡Admirado Voltaire! Bien sabéis que algunas de esas "compañías" no dejan de ser un cumplido a vuestras compatriotas, aunque no oculto que en ocasiones hay razones de Estado por medio de lo que juzgáis simples aventuras. Pero mucho me dolería que establecierais una comparación entre eso, que es alegre y bueno y siempre digno de atención para un caballero, y vuestra amistad, que tengo en el más elevado de los puntos. Supongo que mi ayuda de cámara os habrá hecho llegar unas golosinas y regalos que me permití traer de allá: hay vinos de mi tierra, de los que allí llamamos genéricamente "Cariñena", sedas y algunas porcelanas de una factoría nueva que yo mismo he promocionado en Alcora, cerca de Valencia.

VOLTAIRE. — ¡Siempre tan atento, mi pequeño "azote de los jesuitas"! Yo no tengo mucho en qué corresponderos. Apenas puedo haceros obsequio de esta pluma con la que han sido escritas mis tres tragedias. Y, si no os resulta demasiado "clásico", iba a leeros el comienzo de este poema en que os comparo, ya véis mi admiración, a un nuevo Alcides,

vencedor de una hidra más funesta,
desgarrando la venda de las supersticiones,
sumergiendo en la noche del sepulcro
el poder infernal del Santo Oficio...

ARANDA. — ¡Callad, callad, por favor! Comprendo vuestro entusiasmo, aunque las razones son muy menores, y aún aquí, en vuestra tierra, no termino de perder el miedo a la terrible Inquisición. Sabéis cómo mi rey sigue siendo en esto intocable. Os rogaría que no me ensalcéis en demasía, no sea que pueda hacerme daño. Por lo demás, honradamente he de confesaros, pasado todo este tiempo, que quizá convendría dejar volver a los jesuitas expulsos y que con las universidades se tuviese tolerancia, prohibiendo sólo los nombres de escuela tomista, escotista, suarista, y de cualquier otro autor pelagatos...

VOLTAIRE. — Por cierto, se acerca una persona con la que tengo extremo interés en que entréis en conocimiento. ¡Señor Franklin!

FRANKLIN. — Señor Voltaire, ¡cuánto agrado volver a veros!

VOLTAIRE. — Sois casi recién llegado a esta Corte y no conocéis, ya veo, al señor Conde de Aranda, embajador de España. No dudo que tenéis mucho de que hablar. Y yo debo regresar pronto a mi reposo. Os dejo en buenas manos, a ambos.

FRANKLIN. — Me deja encantado esta presentación, no voy a ocultároslo, señor Conde. Sabéis cuál es mi trabajo, en misión secreta representando a los colonos rebeldes de la América inglesa. Hay allí un enorme descontento y el estallido de la guerra, que ojalá acabe en nuestra independencia, parece inminente. No se os escapa que Francia y España tienen mucho que decir en todo esto.

ARANDA. — Cierto, señor Franklin. Y a fuer de sincero, os adelantaré que no tanto, en principio, por favorecer a unos hombres cuyos intereses y situación ahora empiezo a escuchar, cuanto por herir, sea indirectamente, a esa pérfida Inglaterra que, al parecer, tenemos por enemiga común. No esperaba yo, os sincero, tener aquí, en esta fiesta frívola y de la mano del filósofo Voltaire, oportunidad de llegar tan lejos en un tema político de vital importancia. Y menos aún que mi interlocutor fuerais vos, Benjamín Franklin, de quien tanto había oído como científico e inventor.

FRANKLIN. — Pero mi pueblo, mi país, exigen de mí ahora este papel, ya veis.

ARANDA. — Y ello os honra. Os juro, señor, que presionaré fuerte en Madrid para que España entre en esa Guerra de la Independencia que la Unión de Estados colonos emprenden. Pero, regresando a vuestra especialidad, la ciencia, Carlos III me tiene encomendado el fomento de la química nueva, y quiere que le consiga un buen profesor para el colegio de artillería de Segovia...

FRANKLIN. — Eso será fácil, y yo mismo hablaré con un joven inventor que ha de hablar de él todo el mundo. Su nombre es Lavoisier. Pero, os insisto, no olvidéis

vuestra promesa. Sé que sois hombre de palabra y enérgico, y sé que nuestra causa es ahora vuestra.

ARANDA. — Sí, pero... ¿no daremos, al ayudaros, razón a nuestras propias colonias para reclamar a su vez la independencia? Me habéis asustado también, querido amigo: Se me llena la cabeza de que la América meridional se nos irá de las manos...

FRANKLIN. — No, si no tiene la Corona española las torpezas de la inglesa, señor Conde. Pensad en ello...

CONTROL. — *RAFAGA DE TRANSICION. AMBIENTACION ARAGONESA: jota.*

NARRADOR. — La lejanía no hace olvidar ni un momento a Aranda de su tierra aragonesa. Está frecuentemente en contacto con los Pignatelli, con Goicoechea, con Hernández Pérez de Larrea, con el conde de Sástago... Cuando, en 1776, se funda en Zaragoza la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País, Aranda escribe a su primo Ramón Pignatelli, primer Censor de la misma, enviándole 150 pesos, que promete será una donación anual para fundar tres premios "para estimular los mayores adelantos". Aranda fue siempre considerado, en Madrid, en París, o a su regreso, como la primera cabeza en lo que llamaban el "partido aragonés". Este grupo, descrito por Rafael Olaechea, estaba compuesto por "una serie de aristócratas, clérigos, camaristas, consejeros, covachuelistas, empleados de administración y miembros de embajada, a todos los cuales se unían, por razones de índole profesional, elementos del estamento militar adictos a Aranda. Muchos de ellos habían hecho su viaje por el extranjero, y además de recibir libros científicos de Europa y ser suscriptores de la Enciclopedia —que leían con atención crítica y no con admiración de pasmados—, sentían curiosidad por los nuevos problemas científicos y sus aplicaciones al campo económico y técnico, ante los cuales se colocaban con un espíritu abierto...

Pero... lo que verdaderamente roe al Conde de Aranda en estos años parisinos, es la dificultad de influir

en la política desde la lejanía, las conspiraciones que sufre, y el problema de la independencia de América... Días y noches anda obsesionado en todo ello, y escribe cartas y más cartas, a veces olvidando el sueño y el descanso...

CONTROL. — *EL VUELO DEL MOSCARDON O ALGO ASI...*

ARANDA. (Monólogos entrecortados: son trozos de cartas que escribe.) — Al Príncipe de Asturias Carlos. París, 22 de abril de 1781. Señor: hace más de siete años y medio que, ausente del país, sin ver ni oír las cosas de cerca... a cuyo refugio apelé cuando solicité este destino de mi propia voluntad, prefiriendo el sosiego de mi ánimo al resplandor de que gozaba... concibo que la más clara ilustración de las cosas puede facilitarle el ayudar a su Augusto Padre cuando pidiese su dictamen a Vuestra Alteza, Príncipe ilustrado, de edad ya madura... Siéntame Vuestra Alteza que la máquina de la Monarquía está desbaratada... Si el Rey depende de una sola persona por quien informarse, arriesga inocentemente el vivir mal instruido... La Corona se compone de dos porciones: la de Europa y la de América; y tan vasallos son unos como otros. El Monarca es uno solo, el gobierno debe ser uno en lo principal, dejando únicamente las diferencias para las circunstancias territoriales que lo exigieren... Pero ¿qué hago, a qué me atrevo? Acaso Vuestra Alteza, o vuestro propio anciano y Augusto Padre, si llega a saber de estos desvaríos... Quince años hace que merecí al Rey Nuestro Señor el colocarme a la cabeza del Consejo y los he servido casi por mitad en dicho destino y en esta embajada, donde estoy reducido a pocas correspondencias de las que no tienen inconveniente que se abran las cartas en uno ni otro reino... ¿Qué temen? ¿Quién nos gobierna?... El sistema de la España en todos los reinados de este siglo ha sido el que el Soberano no viese ni entendiese sino por los Secretarios, un reyezuelo cada uno. El bien común vale más, y así nadie contará con un Ministerio como Patrimonio sino con un buen obrar... Correspondo a la confianza con que me honra Vuestra Alteza, a quien pido rendidamente disimule el estilo

tal vez demasiado familiar. Su vasallo más rendido, que besa sus reales pies...

CONTROL. — *RAFAGA. Sonidos de guerra: cañonazos, etcétera.*

ARANDA. — La conquista de Mahón me ha llenado de gozo; y Vuestra Alteza habrá visto en mis papeles anteriores cuán de antemano la consideré necesaria. Estoy viendo que Gibraltar se va a atacar en forma, y lo celebro porque será el golpe de gracia de nuestra parte sobre Inglaterra... Si el anterior Comandante quedase en Jefe, nada tendría que decir, pues desde su principio habría adquirido un derecho hasta el fin. Si por justas causas se le pusiese otro de grado superior, que yo tengo —y como Decano—, me haría muy sensible verme arrinconado, pues nada deseo más que pelear por Gibraltar.

CONTROL. — *RAFAGA.*

NARRADOR. — Asustado ante el cariz que, tras la guerra de la Independencia norteamericana, van tomando las cosas para España en aquel continente, Aranda insiste una y otra vez en atender más, a fondo, ese tema. Tras la firma del Tratado de París, en 1783, no puede contenerse más y prepara una Memoria a Carlos III. El importantísimo diálogo bien pudo ser así:

CONTROL. — *UNA MARCHA MILITAR Y TOQUE DE ALERTA.*

Voz. — ¡Su Real Majestad Católica, don Carlos III de Borbón, rey de España y de las Indias!

ARANDA. — Señor.

CARLOS III. — Aranda, siéntate a mi lado. Hace más de siglo y medio que Felipe IV hizo Grande de España a tu bisabuelo, el quinto conde. No hay secretos entre nosotros, aunque bien sé que hablas con más franqueza a mi hijo. Acaso han sido demasiados años fuera, lejos de nosotros...

ARANDA. — Pero no los bastantes para hacerme cambiar, señor, y soy de Siétamo, en la parte alta de Aragón. Estoy gravemente preocupado, y sólo el reconocimiento a vuestras bondades y el gran amor que siempre he tenido a mi país, me permite romper el silencio.

CARLOS III. — Habla, pues, Aranda, y desahógate bien. Te escucharé con mucha atención, aun lo que no deseara oír.

ARANDA. — Me preocupa mucho América, señor. Jamás unas posesiones tan extensas, colocadas a tan grandes distancias de la Metrópoli, y que jamás un rey español ha visitado, se han conservado por mucho tiempo. El ejemplo inglés, hace sólo siete años de su independencia, debería haceros meditar. La lejanía hace muy difícil socorrer nuestras colonias; algunos gobernadores han vejado a sus habitantes y pasan años antes de que vos podáis hacer justicia suprema, si las causas llegan aquí... Todas estas circunstancias no pueden dejar de hacer descontentos a los habitantes de América y de hacerlos intentar esfuerzos para obtener la independencia, tan luego como se les presente la ocasión...

CARLOS III. — Es muy grave cuanto dices, Aranda. ¿Tú ves una solución a tantos problemas?

ARANDA. — Sólo una, como mal menor: deshacernos de todas las posesiones en el continente de las dos Américas, conservando solamente las islas de Cuba y Puerto Rico en la parte septentrional y alguna otra que pueda convenir en la parte meridional, con el objeto que pueda servirnos de escala de depósito para el comercio español.

CARLOS III. — ¿He oído bien, *deshacernos*?

ARANDA. — No, exactamente. A fin de llevar a efecto esta idea de manera conveniente para España, se deben poner sus infantes en América; el uno, rey de Méjico; otro, rey del Perú, y el tercero, de la Costa Firme. Vuestra Majestad tomará el título de Emperador, como jefe supremo de la familia reinante.

CARLOS III. — Mi buen Aranda, andamos muy viejos los dos. Me temo que lo que sugieres es demasiado difícil a estas alturas...

ARANDA. — Tales son, señor, mis ideas sobre este negocio. Si ellas merecen la aprobación de Vuestra Majestad, entraré en mayores detalles; explicaré el modo de ponerlas en práctica, con el secreto y precauciones convenientes, de manera que la Inglaterra no sepa nada, sino cuando los tres Infantes estén ya en camino, más cerca de América que de la Europa, y cuando ya no pueda oponerse. Este golpe sería terrible para esa orgullosa rival; prepararíamos con anticipación las medidas que se deben tomar para ponernos a cubierto de los efectos de su cólera...

CARLOS III. — Estoy muy fatigado, querido Conde, muy fatigado. Tienes mi permiso para retirarte ahora.

CONTROL. — *UN GONG Y MUSICA TRISTE FRANCESA.*

NARRADOR. — El golpe no cogió desprevenido a Aranda, aunque, dada su clarividencia sobre el futuro, le produjo una congoja enorme. Sus últimos años en París, antes de pasar a mudo, pero interesadísimo espectador de la Revolución Francesa, los ocupó en algo que nunca pensara: en escribir un libro en defensa de España. En 1784 había aparecido un pequeño volumen titulado "Viaje de Fígaro a España", auténtico libelo escrito por algún desaprensivo, quizá un tal Langle. El embajador, no sólo por razón de su cargo sino con auténtica rabia como español, emprende una serie de acciones policíacas, judiciales, diplomáticas..., y eso que el tal "Fígaro" afirma que "El Conde de Aranda es el único hombre de quien puede enorgullecerse al presente la monarquía española, es el único español de nuestros días, cuyo nombre escribirá la posteridad en sus fastos", y otros muchos elogios, en los cuales, además de exagerar, beneficia poco la imagen del embajador ante Madrid, ya desconfiada de sus excesos "librepensadores". Aranda no ceja en el empeño de localizar al autor. Escribe a su

primo, Ramón Pignatelli, dándole pelos y señales del sujeto y encomendándole lo tomen como suyo el problema, y también a Goicoechea, al marqués de Ayerbe, a la duquesa de Villahermosa... y pregunta por las obras del Canal, por la Casa de Misericordia. Finalmente, sólo encuentra un medio de reivindicar su Patria difamada: escribir él mismo el desagravio. Así, en un documento interesantísimo hoy estudiado y demostrado por Ferrer Benimeli, publica en Londres, al año siguiente, una "Denuncia al público del Viaje por España de uno que a sí mismo se llama Fígaro", por el Verdadero Fígaro. Poco después, 1784, casa en segundas nupcias y se retira. Pero, tras tantos años de destierro —en cierto modo—, tras tantas preocupaciones, cuando España atraviesa momentos difícilísimos por las tensas relaciones con la nueva Francia revolucionaria, sólo un hombre puede volver a salvarlas: alguien que ama, conoce, se identifica con esa Francia, sin dejar por ello de ser un fervoroso español: el Conde de Aranda.

CONTROL.—*CASCOS DE CABALLOS, RUIDOS DE PUERTAS...*

HOMBRE I.—¿Sabes, Mariana? Parecía que el Conde de Aranda quedaba ya entre nosotros hasta el fin de sus días, en sus tierras de Huesca y las de su nueva mujer, la duquesa de Híjar y Alagón... Y a descansar de tantos viajes y tan fatigosa vida. Pues no: acaba de llegar un despacho urgente de Carlos IV, que, al parecer, no olvida a su viejo consejero. Le nombra secretario de Estado otra vez. ¿Aceptará don Pedro, a sus 74 años?

MUJER.—¿Y lo preguntas tú, que te hierve la sangre sólo con la noticia? ¿No es bien cierto que los hombres preferís el catafalco al olvido? No sé cuánto de viejo andará don Pedro, pero seis años de matrimonio lleva con Pilar Silva y no parece que la tenga abandonada...

HOMBRE II.—Pasan los tiempos, amigos, todos nos vamos haciendo viejos. Pero hay cosas que reverdecen. Y Aranda, en su retiro aragonés y todo, es aún un símbolo para muchos. "Enciclopedista", sí, pero también el más ilustre noble, militar y diplomático, el que fuera fiel Presidente del Consejo y diera a Madrid y a España

sus mejores momentos junto al fallecido rey Carlos III. Y, sobre todo, es el caudillo de la juventud nobiliaria, que ve en él al representante de su clase, de ideas progresistas, ciertamente, con los generosos anhelos de los ilustrados, pero que no olvida su puesto y reivindicada siempre para los próceres la función del gobierno.

HOMBRE I.—Y más: razones de Estado muy poderosas. Es la gran oportunidad para Carlos IV de mejorar las relaciones con Francia, en trance tan difícil por la intransigencia de Floridablanca. Aranda, y sólo Aranda, es el hombre capaz de contener a los revolucionarios y mejorar la situación.

CONTROL.—*MARCHA REAL: HIMNO NACIONAL...*

ARANDA.—Bien, bien. Ando viejo y tengo la sensación de que hay poco tiempo para tanto qué hacer. De momento, que ese mequetrefe de Floridablanca desaparezca de mi vista: confinadle, no le encarceléis, pero inutilizadle por completo. ¡Ah! y que se suprima de inmediato ese invento suyo de la Junta Suprema de Estado. Todo como antes: Consejo de Estado, del que soy el Decano. Y quiero una España en paz y libre: nada de decretos temerosos de la Revolución, nada de censura en el Correo con Francia; y que vuelvan a aparecer los periódicos. ¡Habéis conseguido, en tres años de miedo, un país inhabitable: sin periódicos! No quiero censuras estúpidas: que se vendan esos libros de Smith sobre "La riqueza de las Naciones", que buena falta nos hace la ciencia económica, y esa excelente "Historia de la vida del hombre", del padre Hervás. ¡Dichosas intransigencias!...

SOLDADO.—Señor: todo eso está en camino, pero Godoy dice...

ARANDA.—¡No quiero saber lo que dice Godoy, ni quién es Godoy! ¿Está claro?

CONTROL.—*RUIDOS DE GUERRA.*

NARRADOR. — Pero Godoy sí sabe muy bien quién es el viejo conde. Y sabe también perfectamente lo que quiere. Todavía le queda a Aranda un gran momento de gloria, y es el de la Guerra que, finalmente, y contra su voluntad, estalla contra la Convención. La política de Aranda es siempre, más que anti francesa, antibritánica; la actuación del pueblo aragonés en el Pirineo, eficaz y silenciosa, haciéndolo absolutamente infranqueable. Pero, en plena guerra, y tras una agria discusión, Godoy, ebrio de poder, destituye a Aranda, y le destierra a tierras de Jaén. Lejos de los suyos, de sus propiedades, de sus recuerdos. En un paisaje y un clima que le resultan duros, casi inaguantables para sus crecientes achaques. Por fin, en 1795, le permite Carlos IV que se retire a sus tierras de Epila. El anciano conde, a quien aún siguen con nostalgia los nobles y militares jóvenes, cuida y administra sus posesiones, mejora las fábricas de loza en Alcora, establece escuelas y otras instituciones de utilidad pública. Hasta que, como un viejo roble, el 9 de enero de 1798, a punto de cumplir los ochenta, muere en su palacio, desde el que se contempla toda la vega media del Jalón.

CONTROL. — *CAMPANAS A MUERTO, bisbiseos de oraciones...*

NARRADOR. — Un fraile capuchino, su último compañero, que había entrado a auxiliarle, dicen que salió llorando de la estancia y que jamás quiso decir si le había o no confesado... Su cuerpo fue enterrado en un hermoso panteón en San Juan de la Peña, pero tampoco allí tuvieron reposo los restos, pues años después habrían de ser trasladados al Panteón de Hombres Célebres de San Francisco el Grande, de Madrid.

HOMBRE I. — ¡Tiene gracia! Parece que el Conde de Aranda, como el Cid, haya ganado también batallas después de muerto. ¡Pues no resulta que, meses después es derribado Godoy y le sustituye Urquijo, aquel viejo protegido de Aranda, que le libró de la Inquisición por los terribles delitos de traducir a Rousseau...!

MUJER. — Sí. Siempre parece que la Historia guarde una palabra más, la última sentencia. Sí...

